

III. LITERATURA, FILOSOFÍA Y RELIGIÓN

LUCAS DE DIOS, JOSÉ M.^a. — *Estructura de la tragedia de Sófocles*. Madrid, CSIC, 1982, 425 pp.

En la Introducción, el autor considera que el dramaturgo griego al componer una tragedia se basa en unas formas anteriores, las cuales moldea de acuerdo con sus intereses. De esta forma, se puede descubrir la relación existente entre ellos, y advertir lo tradicional o lo innovador. El teatro dispone de unas realidades formales, que son los participantes, heredadas del ámbito del culto, y cuatro significantes, existentes en la época preteatral: el canto del coro, el diálogo lírico, el diálogo epirremático y la resis. Este estudio se realiza examinando en todo momento el contenido, la forma, la distribución y la función, la interinfluencia entre estos cuatro aspectos, así como la diacronía y sincronía. El libro incluye ocho capítulos.

I. *El Agón*. Tras un análisis exhaustivo de los Agones de la tragedia sofoclea (examinando en diferentes apartados las escenas agonales puras, las mixtas y los elementos agonales aislados), divide el Agón según sus unidades en: 1) *Agón simple*, en el que se enfrentan desde un principio dos o tres personajes, sin que se altere este sistema; 2) *Agón compuesto*, donde se producen dos momentos diferentes de enfrentamiento, y 3) *Conjunto agonal*, compuesto por varias unidades simples agonales, cada una de las cuales tiene su propia entidad formal. Según sus participantes, clasifica el Agón en diversas categorías: a) con intervención del Coro: Coro/Actor; Coro/Actor/Actor; Coro/Actor/Actor/Actor; b) sin intervención del Coro: Actor/Actor/Corifeo; Actor/Actor/Actor/Corifeo. Según su estructura formal puede ser: 1) *Epirrema*, 2) *R. 2 + E. 3* (establecimiento directo de posiciones mediante una esticomitía entre estos dos), 3) *E. 3* (una esticomitía de enfrentamiento directo entre dos actores), 4) *Resis solamente* (se establecen las posiciones de los contendientes). Puede encontrarse: a) tras la escena del Mensajero, b) en conjunto agonal, c) en la Párodos, d) tras la Párodos, e) en el Prólogo, f) en dos ocasiones aisladas: en *El. 1384 ss.*, sigue al «reconocimiento»; y en *Fil. 827 ss.*, está intercalado entre dos escenas narrativas. Tiene seis tipos de contenido: 1) enfrentamiento físico, 2) intento de convencer para conseguir algo, 3) acusaciones recíprocas, 4) mixto de 1 y 2, 5) exposición de opiniones enfrentadas, 6) mixto de 2 y 4; y cuatro tipos de función: a) acción, b) retardamiento, c) mixto de a) y b), y d) exposición.

II. *El Treno*. El autor lo analiza detalladamente y divide en: 1) escenas trenéticas puras, 2) escenas trenéticas mixtas, y 3) elementos trenéticos aislados. Según sus unidades, puede constituir: a) *treno simple* (se extiende a lo largo de una estructura determinada y entre un número concreto de participantes, desde el comienzo de la escena), b) *conjunto trenético* (unidades elementales de trenos simples están ligadas formando conjuntos superiores). Según sus participantes lo clasifica en cuatro tipos: 1) Coro, 2) Coro/Actor/(Corifeo), 3) Coro/Actor/Actor/(Corifeo), 4) Actor/Actor/Actor. Por su estructura formal interna en: a) Estásimo, b) diálogo lírico, c) epirrema, d) diálogo epirremático-lírico, e) escena estáquica. El Treno se encuentra: 1) tras la escena del Mensajero, 2) en medio de un conjunto agonal, 3) en la Párodos, 4) tras la Párodos, 5) en distribuciones extrañas. En

relación a su contenido es: a) Treno puro, b) Treno del Actor e intento de consolar del Coro, c) Treno-Agón, d) Treno-narración, e) Treno-«acción». Respecto a su función es: 1) reacción emocional de duelo tras las noticias del Mensajero, 2) retardamiento en medio de la acción de un conjunto agonal, 3) exposición - reacción, 4) acción-reacción.

III. Otras supervivencias rituales analizadas fuera del Agón y del Treno son: la plegaria, el ritual de triunfo, el himno y la anagnórisis.

IV. El relajamiento a partir de rituales originarios se estudia tratando todas las escenas que experimentaron proceso de desritualización, así como su contenido y ritual de procedencia, en base a los mismos criterios de los capítulos anteriores.

V. *La escena del Mensajero*. El contenido de esta escena es: a) narración-base, b) narración-desenlace, y c) narración secundaria. Se realiza o bien en una escena y tras ella sigue o concluye la acción, o bien mediante un desdoblamiento escénico se produce una duplicación de esta escena de Mensajero. Según sus participantes, puede ser de varios tipos: 1) Mensajero/Corifeo (Coro), 2) Mensajero/Actor, 3) Mensajero/Actor/Corifeo (Coro), 4) Mensajero/Actor/Actor/Corifeo. Su forma estructural es: a) esquema epirremático, b) esquema estíquico: tipo (R) + /e/ (resis de Mensajero y diálogo entre éste y el Corifeo o un actor); tipo /e/ + (R) + /e/ (diálogo de preparación para la narración, tras la que viene un nuevo diálogo); y tipos mixtos. La escena de Mensajero se encuentra: 1) post-Párodos/pre-Agón, 2) post-estásimo «en falso»/pre-acción final de la tragedia, 3) pre-estásimo «en falso». Su función es: a) proporcionar la narración base, b) proporcionar la narración desenlace, c) ser un momento más de la acción, y d) dar una narración-avance por motivos técnicos.

VI. *El Prólogo*. Tras una descripción de los estadios iniciales de este tipo de escena, se pasa al análisis de la realidad sofoclea. Cada Prólogo consta de cuatro partes: Preparación, Núcleo, Retardamiento y Acción. De cara a la distribución se establecen tres momentos en la evolución dramática del autor: Pervivencia de la relación Prólogo-Párodos, falta de tal relación y relación innovadora entre Prólogo y Párodos. Dentro del contenido del Prólogo se realiza: 1) exposición de hechos pasados, 2) exposición de hechos futuros. Su función consiste en: a) servir de base para la acción de la obra, y b) planificar la acción de la misma.

VII. *Escenas secundarias*. Por medio de ellas el poeta busca conseguir un entramado más perfecto en cada una de sus piezas. Al ser éstas variadas, imposibilita la sistematización paralela, pero el autor analiza y fija una serie de indicaciones generales.

VIII. En el último capítulo, se ofrecen conclusiones generales en las que, además de obtener consideraciones parciales sobre los diversos capítulos, perfila una estructuración general para toda la producción dramática sofoclea conservada. Una amplia bibliografía, el índice de pasajes citados y el cuadro general de abreviaturas, dan fin a este estudio.

Es un trabajo muy denso, con abundantes detalles, lo que obliga a estudiarlo con mucha atención. Aunque se ha elaborado un gran número de trabajos de carácter general y específico, sobre la tragedia sofoclea, es el único libro, según mi

información, que analiza todos sus componentes comparándolos entre sí globalmente, lo que permite una visión estructural completa, por lo que esta nueva aportación resulta de gran utilidad para los estudiosos en la materia. Bastaría comparar los capítulos relativos al «Agón» y al «Prólogo», p. e., con otras investigaciones sobre los mismos temas, para comprobar las ventajas del método y las novedades científicas que ofrece.

ELÍAS DANIELIS

NOUHAUD, M. — *L'utilisation de l'histoire par les orateurs attiques*. París, «Les Belles Lettres», 1982, 408 pp.

El tema del libro que comentamos no ha sido frecuentado por los filólogos. Se trata, sin embargo, de un ámbito de estudios prometedor y estimulante, en tanto que ofrece una vía para contestar a preguntas —por ejemplo, cómo veían los griegos su propio pasado o con qué expectativas acudían a las composiciones históricas— cargadas de consecuencias. A alguno de estos interrogantes contesta Nouhaud en una obra cuyo rasgo más sobresaliente es la minuciosidad y pulcritud en el tratamiento de las fuentes. Rasgo que en muchas ocasiones representa una virtud por la limpieza y rigor que, gracias a ella, se consiguen en la obtención de las conclusiones; pero que en otras, cuando la minuciosidad se hace excesiva, se constituye en un lastre que hace gravosa la lectura de la obra.

El libro está dividido en tres secciones. La primera desarrolla una teoría general en torno a la naturaleza del ejemplo histórico como recurso y procedimiento de la oratoria. Las conclusiones alcanzadas pueden resumirse de la siguiente manera: el empleo del ejemplo histórico en la oratoria comienza tímidamente en el siglo v —según lo atestigua la obra de Heródoto— para alcanzar a fines de la misma centuria una etapa de mayor desarrollo y diversificación. Es sin embargo sólo en el siglo iv cuando tal procedimiento llega a convertirse en expediente habitual. Respecto a este último dato Nouhaud hace una serie de interesantes observaciones. Se trata, en primer lugar, de un fenómeno claramente relacionado con la crisis general que atraviesa la sociedad ateniense durante el siglo iv; pues dicha crisis impone una reflexión sobre el propio pasado como medio para encontrar soluciones a los problemas presentes. Hay, pues, una especie de auge de la historia, dentro del que se inscribe el apogeo de las alusiones históricas en las piezas oratorias. La libertad y frecuencia con que aparecen estas alusiones suponen, por otra parte, un cierto conocimiento de la historia ateniense en el auditorio; en consonancia con el carácter básicamente oral de la cultura griega hasta, casi, la época helenística, tal conocimiento dependía esencialmente de fuentes no librescas: inscripciones conmemorativas, referencias contenidas en la comedia, noticias brindadas por las oraciones fúnebres y otras recitaciones públicas, incluso información visual procedente de las escenas representadas en monumentos. El conjunto de datos así aglomerado funcionaba como una especie de memoria colectiva cuya transmisión aseguraba la permanencia de una serie de actitudes paradigmáticas y de un sistema de valores conformadores de la identidad comunitaria. De acuerdo con todo ello los ejemplos históricos que aparecen en los oradores resultan agrupables, atendiendo a su finalidad, en dos categorías: la de los que utilizan el pasado como fuente de revelaciones para el presente y de sugerencias para el futuro, categoría ésta más numerosa y usual; y la de aquellos que, frecuentes sobre todo en piezas

como oraciones fúnebres o discursos olímpicos, atienden esencialmente a la transmisión de los valores del pasado como ideología viva.

Esta primera sección constituye la parte más sugerente del libro; cierto que algunas, o la mayoría, de sus conclusiones resultan ya sabidas para cualquiera familiarizado con la historiografía y la oratoria áticas. Pero las páginas que comentamos tienen la virtud de afianzar, documentar y profundizar lo que a veces se percibe sólo de manera vaga e imprecisa.

Las secciones segunda y tercera guardan un parecido mutuo en cuanto a su contenido; la segunda trata de los ejemplos históricos que se refieren a las guerras médicas y a la Pentecontecia; y la tercera de los que aluden a los sucesos comprendidos entre la guerra del Peloponeso y la paz de Filócrates. Tanto en un caso como en otro se insiste especialmente en la deformación que sufrió la historia como consecuencia de una práctica que subordinaba la verdad del relato a los intereses perseguidos en cada caso por el orador. En este proceso de deformación los acontecimientos de las guerras médicas y los hombres que los protagonizaron son objeto de un tratamiento idealizante hasta lo hiperbólico, mientras que en lo que respecta a la Pentecontecia, si bien usualmente las referencias son elogiosas, la visión general resulta más matizada. Los sucesos de la guerra del Peloponeso reciben tanto elogios como críticas; las convulsiones acaecidas entre el 404 y 403 se presentan como el resultado de una crisis espiritual; y finalmente en las alusiones a la primera mitad del siglo IV destacan dos rasgos: aparece una tendencia a resaltar las figuras individuales que preludia la cultura helenística y, de alguna manera, el tono y el contenido de tales alusiones revela que ya los griegos eran conscientes de que con este siglo se había vuelto, definitivamente, una página de la historia.

Como se ve estas dos últimas partes alumbran unas conclusiones que, frecuentemente, son ya conocidas, e incluso obvias, para el lector medianamente instruido en la cultura de la época. Esa obviedad se ve agravada, además, por la lentitud que impone un tratamiento excesivamente pormenorizado de cada uno de los ejemplos históricos que se aducen. Da así la impresión de que el libro podría haber sido aligerado en su contenido y que el autor ha incluido material que debía haber quedado en sus fichas. Queda, sin embargo, el interés que, para el comentario de los pasajes aducidos, ofrece la detallada discusión a que los somete Nouhaud.

JOSÉ M.ª CANDAÚ MORÓN

Polybios. Herausgegeben von K. STIEWE und N. HÖLZBERG. *Wege der Forschung*, Bd. CCCXLVII. Darmstadt, Wissenschaftliche Buchgesellschaft, 1982, XX + 448 pp.

El tomo CCCXLVII de la colección *Wege der Forschung* aparece dedicado a Polibio. La introducción deja claro qué criterios se han seguido para la selección de los trabajos reunidos en el volumen: se trata, por una parte, de un Polibio visto desde una perspectiva filológica; y, por otra, el propósito perseguido es el de compilar las más brillantes de aquellas contribuciones que, entre el inicio de los años cuarenta y el comienzo de los sesenta, marcaron el renacimiento de los estudios polibianos del que ya hablara Schmitthenner en 1968 y que aún hoy día sigue vigente.

Colocados ante un tomo como éste —una antología de estudios sobre Polibio— resultan posibles dos tipos de crítica. La primera se dirigiría a los compiladores,

y cuestionaría la validez de la selección realizada. La segunda, de orientación más general, se presentaría como una reflexión sobre el trabajo, ya largo, que la filología clásica ha efectuado y viene efectuando en torno a la obra del historiador Polibio.

Respecto al primer punto, la labor que los compiladores han llevado a cabo alcanza cotas de máxima aceptabilidad. A lo largo del tomo aparecen, bajo nombres de tanto peso en la filología polibiana como los de Walbank, Gelzer, Pédech, Erbse, Isnardi, etc., casi todas las contribuciones esenciales a la visión actual de Polibio. Casi porque la selección efectuada suscita un par de objeciones. Una de ellas es la exclusión del artículo de Zancan «Dottrina delle costituzioni e decadenza politica in Polibio» (*Rendiconti del Reale Istituto Lombardo* 69, 1936), artículo que por primera vez colocó en su justo lugar algunos de los problemas básicos que plantea el libro VI de Polibio, por lo que su inclusión habría sido necesaria pese a encajar, por su fecha, sólo muy ajustadamente en el marco temporal al que se ciñe el volumen. La otra viene dada por la escasa atención prestada a una cuestión tan esencial en los estudios polibianos como es el concepto de *τύχη*; el trabajo de Roveri, el único específicamente consagrado a este tema, no dice mucho, y creo que podrían encontrarse al respecto páginas más sustanciosas, por ejemplo las que le dedica von Fritz en su libro *The Theory of the Mixed Constitution in Antiquity*, Nueva York 1954.

El panorama resulta algo más matizado cuando abordamos la obra desde una perspectiva más general, cuestionando no ya la validez de la compilación, sino las coordenadas sobre las que se mueven las contribuciones de la filología clásica a la elucidación de las *Historias* de Polibio. El contenido mismo de los trabajos existentes imprime a la antología que nos ocupa una determinada configuración. En virtud de ella los trabajos seleccionados se disponen alrededor de tres temas: la historia de la constitución del texto polibiano, el método histórico de Polibio y su credibilidad como historiador. Y es el tratamiento por separado de estos tres bloques de problemas el primer reproche que puede hacerse a la obra que comentamos —un reproche dirigido, repito, no a los compiladores, sino a los estudiosos representados en el volumen—. Por ejemplo, la polémica en torno a la constitución del texto polibiano viene motivada por la coexistencia en las *Historias* de una serie de afirmaciones contradictorias entre sí. Tales contradicciones, en tanto que relatan incoherencias en el sistema de categorías históricas que maneja Polibio, representan un problema historiográfico. Por ello las cuestiones tradicionalmente incluidas bajo el epígrafe de la constitución del texto polibiano pueden recibir su planteamiento adecuado únicamente cuando se contemplan como fruto de las limitaciones del método histórico y de la concepción de la historia de Polibio; y no cabe, por tanto, separar estos dos bloques de problemas. Este no ha sido el planteamiento usual, y ello se hace notar en algunas de las contribuciones que componen el presente volumen (Gelzer, 1940; Walbank, 1943; Erbse, 1951 y 1957; Walbank y Brink, 1954); cierto que la mayoría de dichas contribuciones ofrecen datos importantes para la comprensión de determinadas particularidades de la estructura de las *Historias*. Pero en general queda la impresión de que permanece sin explicar la cuestión fundamental de a qué obedecen las incoherencias de Polibio.

Si el problema de la constitución de las *Historias* está tratado de forma un tanto decepcionante, más satisfactorio resulta el conjunto de estudios dedicados al método histórico y a la concepción historiográfica de Polibio. Especialmente estimulantes son los trabajos de Gelzer (1955 y 1956) e Isnardi (1955), en los que se discute la visión de Polibio sobre problemas tales como la índole y la función de la historia

o la misión del historiador. El mérito de tales contribuciones estriba en que abordan sus temas desde una perspectiva interna, subrayando las peculiaridades que imprimen al pensamiento de Polibio los condicionamientos culturales e históricos de la época. Una comprensión total de las *Historias* requeriría además la elucidación de otro tipo de presupuestos, los que vienen dados por la tradición historiográfica en que se mueve Polibio. Y aquí se patentiza otra insuficiencia de la literatura polibiana. Normalmente los estudiosos de Polibio se han acercado a la historiografía helenística a partir exclusivamente de las afirmaciones contenidas en las *Historias*; esto es lo que hacen las contribuciones dedicadas al tema en nuestro volumen. Se trata de una forma de aproximación a todas luces deficiente. Deficiencia tanto más deplorable cuanto que con ello se ciega una fuente de indicios preciosa cara a conocer los presupuestos sobre los que descansa la concepción de la historia como género y como disciplina que mantiene Polibio.

En definitiva, el volumen representa la mejor introducción a la visión actual de Polibio. Sus defectos son los propios de la orientación que ha recibido la investigación polibiana. Y los objetivos que se perseguían con su publicación han sido plenamente conseguidos.

JOSÉ M.^a CANDAU MORÓN

BRINK, C. O.—*Horace on Poetry*, III. *Epistles*, Book II: *The Letters to Augustus and Florus*. Cambridge, University Press, 1982, XVII + 644 pp.

Retirado ya de su cátedra de Cambridge, el Prof. Brink dio cima a la *summa poetica Horatiana* que había iniciado veinte años antes. Los dos primeros volúmenes (1963 y 1971) fueron reseñados aquí por el inolvidable Antonio Magariños (comentario póstumo en su aparición, *EMERITA* 34, 1966, pp. 189-190) y por Carmen Castillo (*EMERITA* 41, 1973, pp. 270-271). El tercer tomo cierra la obra y confirma un viejo concepto de Jaeger (1911): que la finalidad de la ciencia filológica no es lo particular, sino la comprensión de la totalidad. Pero primero, añadía el entonces joven maestro, hay que comprender lo singular.

Este volumen de B. empieza con una edición de los dos poemas del libro II de las epístolas horacianas. Las innovaciones del texto son pocas en relación con la teubneriana de Klingner. Hay una conjetura *laena* por *lana* en II 1, 207, que convence; una doble atétesis en el mismo poema (215, 216, *medicorum* y *medicī*) que yo no haría; algunos brillantes retornos a voces de editores anteriores (*refringit*, en 2, 171) y otras enmiendas más, a las que B. no se decidió a agregar una muy sugestiva en el v. 199 del mismo poema. Es muy interesante y eficaz, para la comprensión de los poemas, y para captar el ritmo del pensamiento horaciano, la distribución en párrafos —con puntos y aparte— de ambas epístolas.

Tras el texto que precedido de la nota sobre mss. y ediciones alcanza hasta la página 28, se desarrolla un comentario verso a verso de ambos poemas (pp. 31-412): es el estudio de lo particular con el más escrupuloso detalle. Es un comentario tradicional y exhaustivo: léxico, lugares paralelos, fuentes, derivaciones, etc., con especial referencia a lugares del *A. P.* y de otros poemas del mismo autor. Siguen 21 apéndices (pp. 413-448) de carácter misceláneo, que normalmente son otras tantas breves monografías sobre grupos de versos, para terminar con un estudio de las dos obras en cuanto son una poética horaciana y, al mismo tiempo, verdaderos poemas.

Hay que decir que el comentario versa sobre palabras, locuciones, frases y sobre los conjuntos de texto formados por ellas. Pero B. presta particular atención a la composición. Entiende que así como las sátiras y otras epístolas horacianas (del I. 1), las églogas de Virgilio y bastantes elegías están integradas por pasajes más o menos desconectados, estos poemas del libro II de las epístolas están sutilmente compuestos —*tenui deducta carmina filo*— y los respuntes se advierten en las referencias a temas y a palabras que son clave. Brink ofrece (p. 454) una muy lúcida comparación de los modos de componer de Tibulo y de Horacio, precisamente aquí en II 1.

En ambas epístolas, B. destaca como ideas centrales las que en las dos aparecen situadas en el centro del poema: *utilis urbi*, como cualidad del poeta (I, 24), y *legitimum poema* (2, 109) en oposición a los *mala carmina*.

El libro prosigue avanzando desde lo particular a lo general. Tras el comentario y los apéndices se vuelven a considerar ambas epístolas en cuanto tales poemas: es una revisión de su arquitectura o andadura dialéctica. Así se ve cómo las dos piezas poseen al mismo tiempo «unidad» y «diversidad». Cada una de ellas resulta ser, diría yo, como un collar en que se ensartan ordenadamente piezas de joyería muy variadas, y luego al final se cierra con un epílogo cuyo texto enlaza, de manera brillante, con el exordio, o evoca su letra y su contenido. La primera epístola es literaria, pero empieza con Augusto y termina con una ponderación poética de su historia bajo la forma de lo que, aunque B. considere que el término es impropio, yo insistiría en llamar una *recusatio*. En II 2 no se trata de príncipe y política, sino de filosofía moral y de conducta humana.

El contenido de las epístolas es, en efecto, literario: son poemas sobre la poesía, pero sin que deban ser reducidos a preceptiva o tecnología literaria.

Un capítulo final relaciona los poemas «políticos» de Horacio con los momentos que es posible distinguir en el principado de Augusto, especialmente en relación con Horacio: la época de Mecenas y la posterior (desde C. IV o desde el C. S.) o era de Augusto, sin presencia o intervención de Mecenas. Las epístolas literarias a Floro (II 2) y a Augusto (II 1), de las que se ocupa este tercer volumen de B., así como el A. P. (cf. vol. II) corresponderían a este último período, y precisamente por ese orden cronológico.

Hay, efectivamente, como decía C. Castillo (*loc. cit.*), una contraposición entre el acercamiento al tema horaciano y, en general, a la poesía augústea de Gordon Williams y el de C. O. Brink. Pero sin demérito de la obra del primero, hay que reconocer que la de este último es magistral, aunque uno no suscriba necesariamente todas sus páginas.

A. FONTÁN

CREMONA VIRGINIO. — *La poesia civile di Orazio*. Milán, Vita e Pensiero, 1982, 469 pp.

El trabajo de Cremona consiste principalmente en un comentario de veinticinco de los ciento veintiún poemas líricos de Horacio (entre odas y epodos). Los poemas se han elegido por razón de su contenido y de su destino o finalidad. Son veinticuatro piezas en las que se trasluce o, más bien, se manifiesta un carácter político. Las odas, que son veintiuna (comprendido entre ellas el *Carmen Saeculare*), se han ordenado según el autor (p. 7) por orden cronológico: aunque la cronología abso-

luta y relativa de estos poemas civiles o políticos de Horacio es imposible de precisar. Basta contemplar cómo difieren en puntos importantes la ordenación temporal del a. y la de Fraenkel (*Horace*, Oxford 1957).

El comentario de Cremona se compone, en primer lugar, como él mismo dice (p. 7), de la traducción en un elegante y rítmico italiano, vehículo de una versión fiel. Después, un comentario o glosa de extensión variable, con algunas interpretaciones muy definidas. Así C. I 14 (*O nauis...*) sería efectivamente una alegoría de la nave del Estado, cosa que a mí me parece casi segura, sin que haya que buscar por los pelos una interpretación erótica. No creo yo, sin embargo, que en *ep.* IX haya pruebas de que Mecenas y Horacio estuvieran en Accio el 2 de septiembre, contra lo que respecto de Mecenas se desprende de los historiadores, según los cuales parece que se habría quedado en Roma.

Comentarios de este orden se podrían hacer sobre la interpretación de otros poemas por parte del a., cuyo manejo de la bibliografía refleja una verdadera familiaridad con ella. La que antepone a su libro es, sin embargo, excesiva para este volumen y los temas en él tratados, aunque mucho menos completa que la de Kissel en *ANRW* 31, 3 (pp. 1403-1558).

En el fondo del pensamiento del a. se halla la idea de que el individualismo de Horacio, que suele ser atribuido a su epicureísmo, y el civismo (o patriotismo o sentido político), que suele ser asignado a lo que tuvo de estoico no fueron sucesivos, ni contradictorios, ni tan fáciles de separar uno de otro. Los límites entre las dos filosofías eran fluidos (pero, añado yo, no sólo con Horacio, sino en todos los augústeos). Tampoco hay que pensar que la adscripción a una escuela, sobre todo la de los intelectuales profundamente autónomos y de gran cultura, revestía la forma de una vinculación con una «ortodoxia» inmovible que limitara la visión del mundo del escritor, como si se hubiera puesto unas anteojeras. Esta breve apostilla final es algo que se me viene a las mientes al cerrar el libro de Cremona.

El aquí reseñado no es un libro que marque una época en los estudios horacianos pero muestra, a través de los poemas civiles (o políticos) la unidad de esta poesía, o más bien su coherencia con el conjunto de la otra. Los estudiosos de Horacio, o de la poesía augústea, lo leerán con provecho.

A. FONTÁN

STEINMETZ, P. — *Untersuchungen zur römischen Literatur des zweiten Jahrhunderts nach Christi Geburt*. Palingenesia, Monographien und Texte zur klassischen Altertumswissenschaft, Band XVI. Wiesbaden, Franz Steiner Verlag, 1982, XIII + 418 pp.

La valoración que se tenía del s. II d. C. ha ido cambiando a medida que salían a la luz trabajos de prestigiosos críticos, como G. Kennedy, G. W. Bowersock o B. P. Reardon, entre otros. Ya no es suficiente analizar a los autores latinos de esta época fuera del contexto literario, que no es otro que el de la Segunda Sofística. Así, Frontón, Gelio, Apuleyo, los llamados *poetae nouelli* o Tertuliano serán entendidos mejor, si son estudiados al lado de E. Aristides, Dión de Prusa, Luciano o la novela griega. Por eso, estimo arriesgado estudiar aisladamente a los escritores latinos del s. II, como hace el a. de la presente obra, que en datos y análisis es irreprochable.

En la primera parte (pp. 11-119) el a. trata de los presupuestos culturales y político-sociales que hicieron posible la literatura en tiempos de los Antoninos. En ella destacaría el capítulo cuarto sobre la política cultural que se siguió en el s. II con la tendencia a la romanización del este y la helenización del oeste, en frase del a.

La segunda parte (pp. 121-373), ordenada por géneros literarios, está dedicada a la interpretación de las obras conservadas. Dos precisiones debo hacer. En primer lugar, en el análisis de Frontón como maestro de elocuencia (pp. 173-187) el a. mantiene la teoría de R. Marache de que el movimiento arcaizante liderado por el orador de Cirta debe ser entendido como un desarrollo natural dentro de la literatura latina. Muy al contrario: Marco Cornelio Frontón compartió los temas y la teoría literaria de otros representantes de la Segunda Sofística, nacida y desarrollada en un mundo que tenía por centro a Roma, la γῆ πάντων μήτηρ καὶ πατρίς κοινὴ πάντων, como acertadamente dijera E. Aristides (*Or.* XXVI 100 Keil). El mismo Apuleyo era antes sofista que novelista. En segundo lugar, en el capítulo dedicado a la poesía (p. 295 ss.) el a. acepta sin discusión la existencia de los poetas *nouelli*, pese a que la evidencia de Terenciano Mauro sea muy discutible (cf. E. J. Kenney, *CR* 20, 1970, p. 52).

A la bibliografía cabría añadir el indispensable trabajo de B. P. Reardon (*Courants littéraires grecs des II^e et III^e siècles après J. C.*, París 1971) y el más reciente sobre Frontón de E. Champlin (*Fronto and Antonine Rome*, Harvard 1980). Un valioso resumen (pp. 373-384) y dos índices cierran un libro que será de gran utilidad para los historiadores y críticos literarios de un siglo, el segundo de nuestra era, de un gran renacimiento cultural tan poco entendido como estudiado.

ANTONIO RAMÍREZ DE VERGER

FONTAINE, J. — *Naissance de la poésie dans l'occident chrétien*. París, Études Augustiniennes, 1981, 304 pp.

Precedido de un amplio prólogo de J. Perret, el libro del profesor Fontaine va más allá de lo que el título indica; no sólo el nacimiento, sino la consolidación de una nueva tradición poética, en la medida en que «nueva» sea un término aceptable para designar esta poesía, son objeto de atención hasta el siglo VI.

El autor en su prólogo insiste en el alcance que debe darse a expresiones aparentemente inocentes como «nacimiento», referidas a la literatura cristiana; en las facetas que la enlazan con la estética del pasado desde una visión tardo-antigua y los nuevos valores espirituales que le conceden una categoría diferente. Concebida la obra como una profundización en los textos en sí mismos, «sin prejuicios», la frase siguiente completa la idea que domina el trabajo, «sin ignorar los logros de las investigaciones más recientes». A lo largo de los dieciséis capítulos de que consta este trabajo, sin notas bibliográficas a pie de página —la bibliografía fundamental, por capítulos, queda relegada al final—, pero sí textos de los poetas estudiados, Fontaine desgrana con precisión reflexiones sobre autores y géneros, partiendo de conocimientos asimilados a lo largo de años y apoyándose, sobre todo, en una sensibilidad desarrollada por el continuo manejo de los textos.

La distribución de la materia en capítulos hace perceptible una idea del autor expuesta ya en otros trabajos: la obra de Prudencio constituye la realización poética en que culminan las distintas corrientes poéticas cristianas anteriores. Los seis primeros capítulos constituyen una especie de preámbulo, con entidad propia, que prepara la llegada de Paulino de Nola y, ante todo, de Prudencio. En ambos ve la realización de una tercera vía que surge, en opinión del autor, de la propagación del nuevo ideal ascético dentro del cual cabe integrar el proyecto poético. En contraste con la poesía himnódica (capítulos 1, 5 y 8), y de paráfrasis bíblica (capítulo 4), de carácter funcional interiorizado o exteriorizado respectivamente, receptoras de una tradición que Fontaine califica de «mundana» (capítulo 4), Paulino y Prudencio, en menor medida el primero, conciben la poesía como acto espiritual personal. Esta idea sobre Prudencio, como poeta en el que aboca toda una tradición anterior que es por él superada, da a la primera parte una unidad clara; de ahí que ciertos capítulos queden un tanto marginados, como el 2 dedicado a Comodiano, el 3 a Lactancio y el ave fénix, y el 7 a los poemas epigráficos de Dámaso. Autores y producciones, interesantes en sí mismos, responden al cultivo de unas tendencias destinadas a no cuajar, y por tanto sin excesiva significación dentro de ese amplio cuadro de corrientes poéticas que van a ser recogidas y transformadas por Prudencio.

A Paulino de Nola y Prudencio, en una de las secciones más interesantes del libro, dedica el capítulo 9. A Paulino aisladamente el capítulo 10, en una visión lúcida de su poesía que enlaza imperceptiblemente con su inserción en un universo muy peculiar del momento representado en la prosa por Sulpicio Severo: el de los aristócratas *conuersi*. Los capítulos 11, 12 y 13 están dedicados a Prudencio; cada uno de ellos se destina a tratar una de las vertientes de su poesía: breviaros líricos, poesía didáctica y poesía apologética. En todos estos capítulos se establece una relación dinámica entre los aspectos cristianos de su poesía y las formas adoptadas en la expresión de la misma; tradición e innovación se funden al establecerse una relación de fondo entre ambas.

Los capítulos 14, 15 y 16 constituyen una especie de apéndice que da cuenta del proceso de pérdida de rumbo de la poesía cristiana. Es un contrapunto a los capítulos iniciales, proceso de creación lento y plenos resultados. Quizá esa ausencia de finalidad a largo plazo da a esta parte del trabajo de Fontaine un alcance menor. Cada obra, cada género recibe un tratamiento externo a las motivaciones profundas que conducen a su aparición. No se ve con tanta claridad cuál es la función que dicha poesía desempeña en el momento de su creación. Esto se percibe bien en el caso de la poesía bíblica. En efecto, la poesía de Juvenco se observa plena de valor en su integración en la sociedad del momento, y sin embargo no aparecen claras las razones que puedan justificar los abundantes tratamientos bíblicos de los siglos v y vi. Uno no puede por menos de pensar en el resumen bíblico de Sulpicio Severo y en la coincidencia de fechas iniciales.

Un libro lleno de sensibilidad, profundamente documentado, constituye una guía excelente para comprender ese mundo literario cristiano, hasta hace poco tan desconocido y todavía más apreciado doctrinal que literariamente.

CARMEN CODOÑER